

## 44ª Peregrinación Juvenil a Luján

Homilía del Cardenal Mario A. Poli  
en la Basílica de Nuestra Señora de Luján

7 de octubre de 2018

Evangelio de San Juan 19, 25-27.

Queridos hermanos y hermanas peregrinos:

Bienvenidos al Santuario de Nuestra Señora de Luján.

El Evangelio de San Juan nos presenta a Jesús en la Cruz, entregándose a la voluntad de su Padre Dios y hablando con su amada Madre: este pasaje nos hace imaginar el enorme dolor de la Virgen al ver a su Hijo que ofrecía su vida por la salvación de todos los hombres. Nosotros también estábamos al pie de la Cruz, representados por aquel discípulo muy querido, pero que no tiene nombre.

Así la Escritura sugiere que el discípulo anónimo nos representa a cada uno de nosotros, destinatarios de aquel legado espiritual, confiándonos lo que Jesús más quería: a su *mamá*, la Virgen María, que desde aquel instante se convirtió en Madre de todos los discípulos de su Hijo.

Hoy vinimos a su Santuario y en el camino nos unimos en la oración para pedirle: «Madre, danos fuerzas para unirnos como hermanos». El camino que recorrieron ustedes, peregrinos, para llegar a la Casa de Nuestra Madre de Luján no se mide ni en kilómetros recorridos, ni menos en el tiempo empleado: sabemos que nadie vino a hacer una maratón. Todas las peregrinaciones que llegan hasta el Santuario son un acto de amor a María y, a los pies que caminan, los mueve la fe en Dios. Es el continuo milagro que la Madre infunde en el alma de sus hijos e hijas, sin hacer discriminación ni acepción de personas. Todos la podemos llamar *mamá* y ella vuelve a nosotros sus ojos misericordiosos, como le reza el pueblo humilde en la Salve.

Ella es la que proclama que Dios es poderoso y santo, y nos enseñó que «su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que le temen» (Lc 1, 50).

Ella conoce las angustias y necesidades de nuestro pueblo, sabe de pruebas y nos anima a tender los brazos fraternos de la solidaridad. Ella nos enseña a no ser indiferentes y a ser compasivos ante el dolor de los que menos tienen, y su intercesión ante Jesús es constante como lo hizo en las Bodas de Caná: «Hijo, no tienen pan»; «Hijo, no tienen trabajo»; «Hijo, no tienen techo»; «Hijo, no tienen paz...». Y el corazón de la Madre se enciende de ternura para exhortarnos pacientemente a reconocernos como hermanos, como lo que somos ante un mismo Padre Dios. Es por eso que Jesús nos enseñó a rezar: Padre Nuestro...

La Virgen de Luján, Ella, que eligió al Siervo de Dios, Negro Manuel, para que su Casa se convirtiera en lugar de encuentro fraterno, reconoce el amor que cada uno de ustedes ha puesto para cumplir las promesas que guardan en su corazón.

Muchos de los que visitan su Casa, toman decisiones que iluminan sus días y duran la vida entera. Las paredes de su bello Santuario guardan el

testimonio de llantos de dolor y muchas historias de conversión, de perdón y de dones recibidos, que millones podrían contar. Vos, peregrino, sos uno de ellos y no te olvides que estás espejado en su humilde imagen que siempre está a tu lado cuando la invocás. Ella siempre está...

¡Muy queridos Peregrinos! Que esta larga y sacrificada jornada de amor y piedad, nos dé nuevos ojos para reconocer en cada persona que pasa por nuestra vida, a mi hermano y a mi hermana. Esa es la Argentina que queremos y la Patria fraterna que esperamos ser. Por eso le decimos: «Madre, danos fuerzas para unirnos como hermanos». ¿Se animan a repetir?

¡Viva La Virgen!